

A

principios del segundo tercio del siglo XIX arrebataba los ánimos del público de las Cortes españolas — público en que entran los diputados mismos — la elocuencia tribunicia de don Joaquín M.^a López. ¡Hay que leer en publicaciones de la época lo que decían de este orador! Don Eduardo Chao, en la continuación que escribió a la «Historia General de España» del P. Mariana, escrita hacia 1850, habla de la «imaginación homérica» de López que «abarcaba toda la grandeza dramática de la noche de Luchana» — la del levantamiento del sitio de Bilbao el 24 de diciembre de 1836 — y como prueba de lo homérico de la imaginación lopeziana insertaba un trozo de su discurso en las Cortes, y el tal trozo nos hace... sonreír. Puede ser que en aquel entonces, en aquel ámbito y con la voz y el gesto que prestara López a su perorata electrizarase ésta a sus oyentes, pero lo que es hoy aquello nos resulta de lo que no se puede resucitar.

Siendo el que esto escribe muy mozo intentó leer discursos de don Joaquín María López que halló en la librería de su padre, pero le fué imposible apechugar con ellos. Ni le conmovía lo del atétrico susurro de los cipreses; y eso que ignoraba entonces que el ciprés es uno de los árboles que no susurra pues la brisa no penetra en la apretura de su follaje.

Mas he aquí que leyendo esa historia que escribió Chao y al llegar a lo de las discusiones que se armaron en 1840 sobre si se nombraría o no regente del Reino al general don Baldomero Espartero, nos encontramos con que después de decirnos el historiador respecto a López que «la imaginación marchaba embelesada con el torrente de flores que manaba de su boca» transcribe este párrafo lopeziano: «En mi juicio es punto menos que imposible que se encuentren unos hombres robustos que, como los de otro Atlante, puedan sostener el peso entero de la máquina del gobierno, porque para mí es punto menos que imposible que se encuentre un hombre cuadrado, que por cualquier parte que se mire presente la misma longitud, la misma latitud, la misma profundidad; porque es, no punto menos que imposible, sino imposible de todo punto... etc., etc., etc.» Esto no es jalarlo; no ya homérico, mas ni demosteniano, pero lo del hombre cuadrado nos hizo detenernos. Y aunque quiso decir cúbico.

Recordamos al punto aquella expresión dantesca de hacerse tetragono contra el destino para señalar el mejor modo de resistirlo, frase sacada más que de la geometría del arte de la fortificación. Y pensamos que considerando al hombre más que como una fortificación de muralla, prendida al suelo, como una especie de caballo de frisa, la estructura más resistente sería la que podríamos llamar el esqueleto de un tetraedro, o sea las cua-

tro lanzas que de su centro irradian en sus cuatro vértices. Y así nos encontramos a partir de la metáfora lopeziana en un mundo de visiones nada homéricas.

Un hombre cuadrado — vamos, tetragónico — que por cualquier lado que se le mire presenta la misma longitud, la misma latitud y la misma profundidad! Esto suele decirse no de los hombres pero sí de sus cabezas y al decirlo se quiere decir que las tales cabezas son muy poco comprensivas. «Tiene la cabeza cuadrada». «Es cuadrado de cabeza». He aquí expresiones con que se quiere dar a entender al aplicárselas a un hombre que tiene esto un espíritu estrecho, dogmático e incomprensivo. ¿Y por qué?

Es indudable que un líquido, pues que se acomoda al recipiente que lo contiene, lo mismo entra en un cubo que en una esfera, y en cuanto a sólidos, depende de la forma de éstos. Y no sabemos bien la forma que tienen las ideas. Aunque debe de haberlas de todas formas; unas esféricas y otras llenas de picos, como ya lo presintió Canivet.

Figaro habló del hombre globo, del hombre gaseoso, el que se eleva, y suponemos que ese hombre adoptará más bien la forma esferoidal, así como el que se queda, el que pesa, el que se asienta en el suelo ha de ser, según el homérico López quería, cuadrado. O más bien cúbico: el hombre-dado. Y con el hombre-dado juegan los demás, echándolo de allá para acá. Y a cada echa — echa sin h, eh? — ya lo explicaremos otra vez — espantan los otros con él.

Los dados achatándose han venido a parar en fichas de dominó, y en vez de echarlos por alto los combinamos unos con otros. Porque sospechamos que la ficha de dominó no es más que un dado degenerado. Y a

los hombres de batalla, dados en un tiempo, los hemos convertido en hombres-fichas. Y hay uno que es el seis doble y otro que hace de blanca doble. O de doble blanco.

Esto de desarrollar una metáfora es uno de los más divertidos y a la vez de los más sugestivos ejercicios gimnásticos del ingenio. Como lo es el de hacer metáforas compuestas por el estilo de aquella, maravillosa de incongruencia, del orador francés que dijo lo de: «el carro del Estado navega sobre un volcán!». ¡Qué bien suena! ¡qué lopeziano! Y luego, fíjense ustedes, un carro que navega y que navega sobre un volcán. Lo que en rigor sería posible si se tratase de un volcán submarino!

Bueno, de esta echa — echa sin h, eh? — no logramos darle a este artículo — o pequeño ensayo divagatorio si ustedes, lectores, quieren — ni congruencia ni menos consecuencia. No, no tiene moraleja. ¿Y para qué? Estas cosas deben ser así, sin principio ni fin. Así debe ser toda charla viva. Que la vida es juego de dados o de dominó. Y ahora vamos a explicarles a ustedes porque escribimos echa sin hache y lo que de ahí salga.

